

¡Qué sonoros los clarines!
 ¡Que arrogante y noble aspecto
 De los bravos oficiales
 Como ginetes, ¡cuán diestros!
 Hay un escuadron formado
 Sólo de caballos prietos,
 Que son vergüenza del rayo
 Y escándalo de los vientos.
 Allí van los *Tamarindos*,
 Todos vestidos de cuero;
 Allí descuellan garridos
 Los valientes granaderos,
 Muy graves y muy finchados
 Y con sus gorros muy tiesos.
 Calleja llena la calle,
 Y demostraba el contento
 Del tigre tras la matanza
 Que lo dejara repleto.
 Era torva su mirada,
 Tosco y cerdoso el cabello,
 Ancha y grosera la barba,
 Hundido y rechoncho el cuello.
 Iba en un bridon gallardo
 Como el azabache prieto,
 Y sus crines muy más negras
 Que las entrañas del ébano.
 Cuando marchaba arrogante,
 De la ciudad en el centro,

En un balcon una dama
 Que era, si mal no recuerdo,
 Gertrudis Bustos, repite,
 Haciendo mil aspavientos
 Y señalando á Calleja:
 "Ese es mi caballo prieto."
 Calleja se desconcierta,
 El bridon se mueve inquieto,
 Y el matador de insurgentes
 Da con su cuerpo en el suelo.
 La fiesta se torna en farsa,
 Y hay carcajadas de léperos
 Que secundan los patriotas,
 De Calleja con despecho;
 Pero la marcha prosigue,
 Y resucita el contento.
 ¡Qué mimos de los Oidores!
 Del propio Virey ¡qué extremos!
 Sobre todo, ¡qué ternezas
 Del Cabildo y de los clérigos!
 ¡Cómo á relucir sacaron
 Lo temporal y lo eterno,
 Mostrando su odio á los libres
 Y á los verdugos su afecto!
 Colocaban sus banquetes
 Entre la tierra y el cielo,
 Donde el jerez y el tintilla
 Empapaban los manteos,

Y creyendo sus desmanes
 Y sus orgías fingiendo
 De virtud demostraciones
 Y dignas de excelso premio.
 Maldiciones y amenazas
 Lanzaban en prosa y verso,
 Que curas y sacristanes
 Repetían de concierto.
 Beristain, dice la fama,
 Canónigo de respeto,
 Copa en mano, y en la crisma
 Vacilante el solideo,
 Así entonaba sus brindis
 Del placer en el exceso:

*Bebamos, brindemos
 Con las copas llenas,
 Y despues gocemos
 De la gloria eterna.*¹

*Contentos los cristianos, miramos en torrentes
 Correr la sangre impura del criollo, que sin ley
 Formó legion maldita de viles insurgentes,
 Y arrojó sin cadenas sobre la faz del Rey.*

*Calleja, con la espada con que Miguel triunfante
 Castigó la protervia del pérfido Satan,
 Vió á sus piés poderosos la sierpe agonizante
 Que le gritó á los pueblos: ó muerte, ó libertad.*

¹ Histórica la cuarteta.

*Huyéronse los lobos, y quedan las ovejas,
 Que padres y soldados sabrémos trasquilar;
 De peti ó de sotana, serémos mil Callejas,
 Y así de Dios tendrémos el bien y la piedad.*

Entónces, loca de gozo
 La eclesiástica caterva,
 En coro ardiente entonaba
 De Beristain la cuarteta:

*Bebamos, brindemos
 Con las copas llenas,
 Y despues gocemos
 De la gloria eterna.*

ROMANCE DE LOS DOS LEGOS.

Alborotando á la gente,
Desde el arenal de Ojuelos,
En su mula aparejada,
Cargado de duros hierros,
Va á San Luis á ser juzgado
Un notable prisionero,
Con tan celosa custodia,
Con cuidados tan extremos,
Que la gente se amontona
Con espanto y con recelo.
¿Quién es?—dicen las mujeres,—
¿Quién es?—preguntan los viejos;
Y una encarrujada anciana,
Haciendo mil aspavientos,
Grita: “¡el leguito Juanino!
“¡Fray Luis, ¡válgante los cielos!”

Érase fray Luis Herrera,
 La nata y flor de los legos,
 Curandero diligente,
 Insaciable limosnero,
 Para la calle un tesoro,
 Como un tronco para el rezo:
 Taimado, gloton, astuto,
 Tierno con el bello sexo,
 Viviendo en paz con el diablo
 Y dizque ganando el cielo.
 Los muchachos le juzgaban
 Inocenton y travieso;
 Las chicas de humor alegre,
 Item las de cierto pelo,
 Se ponian encarnadas
 Aparentando desprecio,
 Y los tunos, si pasaba
 Frente á la taberna serio,
 Le brindaban maliciosos
 Un *Gloria in excelsis Deo*.
 Este lego, de patriota
 Tan hondo sintió el afecto,
 Que se trasformó en instantes,
 Que fué la pasion y el fuego
 Por el odio á los tiranos,
 Por activar su escarmiento.
 Unióse á Hidalgo en Celaya,
 En el Jaral le rindieron,

Y tras varias aventuras
 Quedó preso en su convento.
 En la reducida celda,
 De terror y de silencio
 Triste albergue, ni un resquicio
 Logró mirar de consuelo;
 Y cuando para agobiarlo
 Se preparaba el despecho,
 Como por arte de magia
 Aparecióse otro lego,
 Y era fray Juan Villerías,
 Del Señor humilde siervo.
 Dos legos era un buen pico
 Para tentar al infierno;
 Pero saltó un subteniente,
 Joaquin Sevilla y Olmedo,
 Y entónces dijo el demonio:
 "¿Quién se opone á mi terceto?"
 De pronto se rompen puertas,
 De pronto se liman hierros,
 Y desaparecen los frailes,
 Y están de pié los enfermos.
 Al Cármen disimulados
 Van por los patriotas presos;
 Engañan la fuerte guardia,
 Trincan al lego portero,
 Aturrullan y acoquinan
 A los graves reverendos,

Y libres los insurgentes,
 Y armados hasta el pescuezo,
 Como muertos silenciosos,
 Y como furias resueltos,
 Asaltaron los cañones,
 Los cuarteles sorprendieron,
 Dejando por do pasaban
 Regueros de sangre y muertos.
 De la noche en la tiniebla
 Era furibundo el fuego
 De la casa de Cortina,
 Jefe obstinado y experto,
 Hasta que herido en el rostro
 Y su suerte maldiciendo,
 Dejó el cuerpo á los contrarios
 Y sus bienes al saqueo.
 Repícanse las campanas,
 En vivas prorumpe el pueblo,
 Y acaudillando las masas,
 Valientes y satisfechos,
 "¡Que viva la Independencia!"
 Gritan á una los dos legos.

ROMANCE DEL LEGO HERRERA.

Cuando á las bravas pasiones,
 Que son asombro en la guerra,
 Las virtudes no reprimen
 Ni la humanidad enfrena,
 Se tornan feroces llamas,
 Que en vez de alumbrar incendian:
 Al héroe tornan bandido,
 Al bravo caudillo fiera,
 Y los títulos de gloria
 Manchas de horror y vergüenza.
 Así tornó la fortuna
 Caprichosa, al lego Herrera;
 Valiente, astuto, resuelto,
 Amaba la independencia,
 Pero esas nobles virtudes,
 En su educacion grosera,
 En el lodazal de vicios

Que enfangaba su alma negra,
 Se perdieron, dando paso
 A mil pasiones rastreras,
 Cual suelen servir de abono
 Del rosal las hojas secas
 A los punzadores cardos
 Y á las venenosas yerbas.
 De incendio, robo y matanzas
 Fué del lego la carrera:
 A San Luis cubrió de luto,
 Y al Maíz llenó de penas:
 La derrota era la rabia
 Entre sus tropas perversas;
 La victoria era el azote
 De poblaciones enteras;
 Sangre era la sed de su alma.
 Su ideal venganzas cruentas:
 Era de buitre su instinto,
 Su sonrisa era de hiena,
 Y Rio Verde se estremece
 Cada vez que lo recuerda;
 Que allí desplegó sus vicios,
 Del infierno con sorpresa.
 Allí, tenaz García Conde,
 Sus fuerzas bate y dispersa,
 Y los hábitos del fraile,
 Y el traje de su manceba
 Expuso pueril al pueblo,

Del lego para vergüenza.
 Éste corre á Tamaulipas,
 Donde atrevido penetra,
 Y do las tropas realistas
 Le sorprenden y encadenan.
 Dice tambien con misterio
 Otra popular leyenda,
 Que un jefe, cerca de Aguayo
 Le invitó para una fiesta,
 Ofreciéndole seguirlo
 Con singular obediencia,
 Y que en la Villa un fandango
 Con estrépito se ordena
 En medio de la algazara
 Y la música y las bellas.
 Los soldados de Arredondo
 Hacen á Herrera su presa,
 Y á Blancas, su compañero,
 De fealdad tan estupenda,
 Que la Historia al indicarla
 Se pasma y se desconcierta.
 “¡Que mueran!”—repite el pueblo;
 Montes y valles “¡que mueran!”
 Entre el general aplauso
 Se cumple la horrible pena,
 Que sufrieron los dos tigres
 Con helada indiferencia.

ROMANCE DE PELAYO.

Entre la tropa que sufre
De Valladolid el fuego
Cuando Muñiz y Cajigas
Pusieron en duro aprieto
A don Torcuato el farsante
Y á su acobardado ejército,
Está el sargento Pelayo,
Vigilado, cuasi preso,
Por amigo de los libres
Y á la independenciam afecto.
Éste, pues, viendo los tiros
De Muñiz, poco certeros,
Y que inconstante el destino
Pudiera tornarse adverso,
Astuto un papel escribe
Al jefe Muñiz, diciendo:

"Más bajas las punterías,
 "Porque si no, nos perdemos."
 El papel cayó en las manos
 De Trujillo, que al momento
 Mandó venir á Pelayo,
 Quien se presentó sereno.
 "Que le cuelguen,"—grita el jefe,
 Y la orden tuvo su efecto,
 Quedando el triste cadáver
 En la picota suspenso,
 Blanqueando la fatal carta
 Sobre su desnudo pecho.

Muñiz, por inexplicable
 É increíble desconcierto,
 Emprendió su retirada
 Cuando era infalible el éxito.
 Los serviles atribuyen
 El triunfo á favor del cielo
 Y Venegas á las tropas
 Ostentoso otorga premios.

ROMANCE DEL LEGO GALLAGA.

Como tigre perseguido
 Por una chusma obstinada,
 Cruzando valles y cerros
 Camina el lego Gallaga,
 Que se tornaba demonio
 En medio de las batallas.
 Ya se escabulle mañero,
 Ya embiste, hiere y asalta,
 Y por todas partes deja
 Las huellas de sus hazañas.
 Sandoval, su compañero,
 Pretende que imploren gracia;
 Pero el lego enfurecido
 Sus intrigas desbarata.
 Así á Tomatlan llegaron,
 Llenas de rencor las almas,

Sandoval le manda al lego
 Que emprenda la retirada,
 Porque al fin él era el dueño
 De la tropa y de las armas.
 “Eso no se me propone
 —Dijo arrogante Gallaga—
 “Y ménos por los que tienen
 “De la vil traicion la mancha.”
 Sandoval hace un empuje,
 La rienda suelta á su rabia,
 Y de la mansion del lego
 Sorprende la pobre guardia.
 Los soldados, aturcidos,
 Se esconden y se acobardan,
 Y el lego, al primero que huye
 Le atraviesa con su espada.
 Era un rayo, era una furia
 Que hiere, incendia y arrasa;
 Mas la tropa numerosa
 De Sandoval, se adelanta,
 Y dirige sobre el lego
 Sus furibundas descargas.
 Cuando el humo se disipa,
 En la ensangrentada estancia
 Moribundo yace én tierra,
 Sin humillarse, Gallaga.
 Entónces sus enemigos
 Hasta la plaza le arrastran:

“Un instante,” grita el lego
 Con voz imperiosa y clara;
 Los soldados, que le escuchan,
 Al hombro ponen sus armas;
 “Un momento;” y de rodillas
 Pronuncia algunas palabras
 Dirigiendo al Sér Eterno
 La más sentida plegaria.
 Despues se venda los ojos
 Con indiferente calma,
 Levanta erguido la frente,
 “¡Fuego!” con valor exclama,
 Y su cabeza orgullosa
 Rompen silbando las balas.

ROMANCE DEL TRAIOR ELIZONDO.

Por las llanuras de Béjar
Vaga el traidor Elizondo,
Sembrando por donde pasa
El terror y los despojos.
Tránsfuga de las banderas
De los patriotas gloriosos,
Borrar quiere los recuerdos
De proceder espantoso.
Camina ufano, atrevido,
Fátuo, plagiando lo heróico,
Y en las reñidas batallas
Con los insurgentes briosos,
Se embriaga con sangre humana,
De las fieras con asombro;
Y sintiendo que matando
Sólo, se quedaba corto,